

de estas páginas, no todos exactos. La reseña que hace de los primeros intercambios con Calles y con el presidente Rodríguez tienen la más genuina impronta del turista (pp. 59-62). Se pregunta uno, también, por qué el incidente no se relata en su integridad; porque la carta del Presidente Calles a Roosevelt, de que allí se habla, se envió en efecto, y es de gran importancia para comprender las nuevas puertas, hasta entonces siempre cerradas al embajador norteamericano, que entonces y por vez primera se abrieron.

Concluamos diciendo que el estilo de Cronon deja mucho que desear. Los tres capítulos que dedica a la crisis y a los arreglos petroleros —por cierto sin darse cuenta de la gravedad del cargo que hace a Daniels de no haber previsto que la crisis del petróleo podría terminar con la expropiación, dejando mal paradas su perspicacia y comprensión de la psicología de Cárdenas— son extremadamente pesados. Lo hacen a uno compadecer a los diplomáticos; y si ése es el propósito del autor, desde luego lo ha logrado.

Léase la obra, pues, como un ejemplo de lo que no queremos los mexicanos que sea la historia de México, historia "a la norteamericana". Ojalá y estas líneas logren hacer más cautos a aquellos estudiosos que quieran aproximarse, y entender quizá, nuestra historia y nuestras cosas.

FRANCISCO CUEVAS CANCINO  
*El Colegio de México*

## HISTORIA O CRÓNICA

LOS CRÍTICOS DE LIBROS tienen entendido que no deben hacer responsable al autor de lo que su editor le cuelgue, a él mismo o a su obra. Al mismo tiempo, a condición de que su crítica vaya más allá de ella, no es excepcional que aludan a la presentación que de uno y de otra hace habitualmente el editor.

En el presente caso,\* los editores quizás sintieron que tenían hasta un problema de conciencia: explicar por qué un ingeniero metalúrgico norteamericano ha escrito una historia de la Revolución Mexicana. Y en la explicación se les ha ido la mano, pues, además de encontrar natural que así ocurriera, parecen creer que las cosas tenían que ser fatalmente de ese modo. En efecto, afirman que el autor está "particularmente

\* JOHN W. F. DULLES: *Yesterday in Mexico. A Chronicle of the Revolution, 1919-1936*. University of Texas Press, 1961; XVI + 805 pp.

dotado" para su tarea por "experiencia" y por "herencia": desde luego, ha viajado por la América Latina y residió dieciséis años en México; además, como hijo del finado secretario de Estado John Foster Dulles, nació en una atmósfera de "interés y simpatía internacionales". Los editores podían haber agregado algo más para fortalecer el factor fatalista de la "herencia": el autor desciende de John W. Foster, ministro de Estados Unidos en México durante los gobiernos de Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz; después fue ministro en Rusia; más tarde, y por largos años, abogado consultor de la Legación mexicana en Washington, y, al final, secretario de Estado. Y todavía podían haber añadido un detalle pintoresco, pero útil para subrayar más todavía la acción de aquel factor: tan el autor se siente ligado a ese antepasado lejano, que, a más de habersele puesto el John, ha retenido voluntariamente las iniciales "W" y "F" del Watson y el Foster. Y eso a despecho de tener que concluir en un nombre un tanto enredado, pero de claro misterio, pues en seguida se advierte que es hijo del designio y no del azar.

La verdad de las cosas es que la explicación de los editores, a más de innecesaria, resulta inexacta. Pásese por alto el hecho de que otro hermano de este John, viajero como él, y como él descendiente de John Foster Dulles y de John W. Foster, se hizo jesuita, y, que yo sepa, nada ha escrito sobre historia; piénsese tan sólo en que John W. F. Dulles es el último ejemplo que conocemos de una interminable serie de extranjeros que, lateralmente a su profesión, se han interesado en los países latinoamericanos, haciéndose notables, sea como grandes coleccionistas de libros y manuscritos, de piezas arqueológicas o de tesoros artísticos, sea como escritores literarios, de historia, de arte o música, de arqueología o etnología. Sería excesivo traer a cuento los muy numerosos cronistas españoles y portugueses que no sólo nos han narrado el descubrimiento, la conquista y la colonización de la América Hispánica, sino que nos enseñaron como nadie la naturaleza de los pueblos prehispánicos; ni a tanto viajero que ha fijado en páginas muchas veces imperecederas el paisaje y las costumbres americanas. Citemos al azar dos casos recientes de ingenieros metalúrgicos también: a uno, inglés, los chilenos le reconocen agradecidos el haber iniciado los estudios etnológicos y arqueológicos en Chile, y haberlos hecho dignos y permanentes; a otro, austriaco, se le debe en México un conocimiento sin par de ciertas lenguas indígenas.

No: el caso de John W. F. Dulles es conocido, aun cuando de todos modos admirable; independientemente de su profesión y de su vida familiar y social normal, le entró la chifla-

dura —y no el simple pasatiempo— de indagar la vida reciente de México. Comienza por formar una biblioteca que, al parecer, no es una maravilla en el sentido de las piezas raras, pero que deja muy atrás a las de Luis Cabrera o Isidro Fabela, por citar tan sólo a dos de los intelectuales mexicanos revolucionarios más notables. Muchos puntos oscuros o contradictorios ha debido hallar en la lectura de esos libros, de modo que, para salvarlos, el señor Dulles conversó y aun entrevistó a un gran número de actores, mayores y menores, en los sucesos que le interesaban, además de corresponder con algunos de ellos asiduamente o pedirles extensos *memoranda* sobre asuntos de un interés particular. Acudió, en fin, a la ayuda más constante de diez mexicanos —historiadores unos, otros actores— que revisaron el manuscrito de su libro.

El interés del señor Dulles no sólo ha sido admirable por su seriedad y constancia, sino que lo es también su enorme paciencia para leer, digerir y tratar de cernir una literatura que, a más de copiosa, es, en la gran mayoría de los casos, irracionalmente apasionada y parcial, para no hablar de su lenguaje muchas veces chabacano. Plausible resulta, asimismo, su comprensión: me parece que no llegan a dolerle por un instante siquiera los sufrimientos de esta nación desdichada; pero tampoco ve sus incongruencias con un prejuicio manifiestamente intolerable. En fin, son también importantes los resultados finales del esfuerzo y el interés del autor: en estos momentos, la suya puede ser la mejor crónica de la vida política de México de 1919 a 1936.

Pero el trabajo del señor Dulles no es una historia; es apenas una crónica, como él mismo la llama, por otra parte. La diferencia entre una y otra, sin embargo, nace de razones muy distintas de las que él supone. “¿Debió haberse hecho en estas páginas —se pregunta— un esfuerzo mayor para interpretar todo el material?” Aparte de que ninguna parte del material ha sido, propiamente, interpretada, el problema no es poner un esfuerzo de diez para llegar a la crónica y de diez adicionales para transformarla en historia. Se trata, en un caso y en otro, de un enfoque radicalmente distinto, y de ciertas técnicas que el señor Dulles no ha podido ni querido emplear. Cuando narra primero la versión de Adolfo de la Huerta sobre sus gestiones con el Comité de Banqueros, y a renglón seguido cuenta las objeciones que a ellas oponía Alberto J. Pani, el señor Dulles hace crónica. De haberse propuesto escribir una historia, hubiera tenido que determinar a quién le asistía la razón, y, para ello, entre otras cosas, debía haber acudido a las fuentes primarias. De lo contrario, se llega a situaciones patentes, graciosamente contradictorias, como las

que presenta el Capítulo 17 (pp. 145-57), donde se narran, justamente, esas gestiones. En la primera parte, donde se usa, sobre todo, la fuente de Álvaro Obregón (*Documentos oficiales. . .*), De la Huerta sale como un hombre ligero y muy poco dispuesto a defender los intereses de su país; en la segunda parte, donde las fuentes de las que brota la crónica son las *Memorias* de De la Huerta y una entrevista con él, De la Huerta resulta el héroe de la jornada.

Una de las ingratas sorpresas que depara la lectura del *Ayer de México* es la falta casi completa de fuentes primarias, y no de documentos manuscritos, de una consulta siempre difícil, sino impresos, tales como leyes o informaciones estadísticas y aun de prensa periódica. La otra sorpresa —consecuencia de la primera— es la autoridad completa que el señor Dulles da a la letra impresa, y esto a pesar de que él mismo reconoce en su prólogo que mucha de la literatura en que ha basado su obra ha sido fabricada expresamente para justificar los actos propios o de la facción en que el autor militó.

Citémos al azar algunos casos de estas dos grandes fallas. Cuando refiere las divergencias entre los “agraristas” (Soto y Gama y Manrique en este caso) y el presidente Obregón y otros miembros de su gobierno, el señor Dulles comienza a usar la palabra ejido, y cuando lleva un buen rato de escribirla, siente la necesidad de definirla, en su sentido jurídico actual y aun en el histórico. Para lo primero, usa la fuente extrañísima de un *memorandum* de Alberto Jiménez Rueda, y para la definición histórica, . . . ¡una carta de Charles E. Hughes a Henry Cabot Lodge! (p. 68). No es que en todos los casos uno exija la coquetería de lanzarse a las *Siete Partidas*, las *Leyes de Indias* o el *Código Agrario*; habría bastado con acudir a un libro tan fácil como el del profesor Mendieta y Núñez para salvar con algún decoro el problema. Cuando relata el ataque hecho a Calles en la Cámara por el diputado Zubaran Capmany, la fuente obligada es el *Diario de los Debates*, y apenas es perdonable citar otra, cualquiera que ella sea (p. 129).

Los casos de fe excesiva en la letra impresa son en verdad irritantes. La renuencia de Obregón para nombrar a Calles ministro de Guerra y a Salvador Alvarado de Hacienda en su primer gabinete, y la defensa que de este último nombramiento hacen ante Obregón el propio Calles y Adolfo de la Huerta, renuencia que el señor Dulles narra animada y detalladamente, como si él mismo hubiera asistido a las conversaciones, se basa en un artículo, al parecer anónimo, publicado en un semanario cualquiera (p. 81), que incluye, además, en la bibliografía, al lado de libros cuyos autores son conocidos y

responsables (p. 727). Un caso más bien curioso todavía es el de una entrevista en la que sólo están presentes Obregón, Calles y De la Huerta, y en la cual Obregón plantea por la primera vez el problema de quién de los otros dos ha de sucederlo en la presidencia. Pues bien, el relato de esa entrevista, en que se deslizan las frases textuales que cada uno usó y la actitud de los tres participantes (callada y cavilosa la de Calles, por ejemplo), la basa el señor Dulles en un artículo periodístico de Jorge Prieto Laurens, quien no asistió a esa conversación (pp. 173-74).

Dan ganas de decir también que el señor Dulles no sólo confía a ciegas en la letra impresa, sino en la primera letra impresa con que tropieza. Cita literalmente un párrafo de una declaración hecha por De la Huerta en julio de 1923 donde reitera su deseo de no figurar como candidato presidencial; pero lo toma de un artículo de Aarón Sáenz, publicado ... ¡treinta y cinco años después! (pp. 175, 185). El señor Dulles sabe perfectamente que don Aarón Sáenz estuvo con Obregón en la lucha de éste, en verdad a muerte, contra De la Huerta. A pesar de ello, no se le ocurre comprobar —¡siquiera por una vez!— si De la Huerta dijo, en efecto, lo que le atribuye Sáenz, acudiendo a cualquier periódico de 1924. En el fondo, por supuesto, no se trata de confiar o desconfiar, de tener a don Aarón Sáenz como hombre veraz o embustero, sino de una técnica histórica elemental: si se quiere citar a Adolfo de la Huerta, a él hay que citar y a nadie más, sea enemigo o apologista suyo.

Un caso más claro todavía es el de la afirmación de Vasconcelos en el sentido de que aun cuando teóricamente el presupuesto de la Secretaría de Educación sólo era inferior al de Guerra y Marina, los fondos para su ejercicio real eran mucho menores (p. 118), pues Obregón gustaba de hacerse publicidad en esta forma. No es posible que se le oculte al señor Dulles que Vasconcelos rompió con Obregón —como con todo el mundo, por otra parte—, ni que haya sido un hombre singularmente errático y desaprensivo en sus posturas y afirmaciones políticas. ¿No era el caso, o de excluir la afirmación de Vasconcelos, o de comprobarla? Pero, claro, para hacerlo era menester acudir a las fuentes primarias.

Menos mal que aquí, después de todo, no va de por medio sino un pecado venial: la supuesta fanfarronería de Obregón de hacer pasar al suyo como un gobierno ilustrado; pero cuando se trata de hacer aparecer a Obregón como difamador de Carranza, al grado de pintarlo como un ladrón que robaba a distancias de tres o cuatro metros los relojes de bolsillo de sus huéspedes (pp. 26-27), entonces el señor Dulles tiene que

convenir en que la autoridad de un escritor notoriamente mercenario, como Vicente Blasco Ibáñez, no basta ni para demostrar que Obregón era así de innoble con sus enemigos, ni que Carranza fuera un cleptómano. Por lo que toca a Carranza, nadie, que yo sepa, lo ha pintado, no ya como un ladrón, pero ni siquiera como bromista; antes bien, parece haber sido, si se quiere, insufriblemente serio. En cuanto a Obregón, todo el mundo sabe que era ingeniosísimo y muy dado a cuentos y charadas. Así, es bien creíble que le haya repetido a Blasco Ibáñez la bien conocida historia de cómo dieron con el brazo que perdió en una batalla célebre; pero no que so capa de agudo ingenio desprestigiara a Carranza delante de un desconocido, pues Obregón, sin duda alguna, tenía un gran sentido del humor, pero era noble y discreto.

Yo le conocí un rasgo que quizás valga la pena relatar, siquiera sea porque parecen desconocerlo aun sus amigos más cercanos. Entre los planes de editar en gran escala los clásicos, figuraba —sin duda por sugestión de Pedro Henríquez Ureña— la publicación de la *Evolución política del pueblo mexicano* de Justo Sierra, obra que, como publicada en 1902, exigía —al igual que la Incompleta de Schubert— un capítulo adicional para modernizarla hasta hacerla abarcar la caída de Díaz y los primeros años de la Revolución. Vasconcelos se ofreció a escribir él mismo esa parte final, no sólo con la aprobación, sino con el estímulo de Obregón; pero cuando éste vio el manuscrito de Vasconcelos y se dio cuenta de que no era sino una diatriba vulgar contra Carranza, el Presidente resolvió abandonar la idea, y Vasconcelos, aun cuando muy modificado, lo publicó bajo el título de *Los últimos cincuenta años*, título que, así, cobra un sentido que nadie parece haberle dado.

DEJEMOS A UN LADO estas deficiencias reveladoras de que, aun habiéndoselo propuesto, el señor Dulles nunca hubiera podido pasar de cronista de la Revolución Mexicana, y veamos la crónica como tal. Tiene dos defectos, uno capital y otro menor, pero dignos de mencionarse. El primero es la indecisión del autor entre narrar toda la vida mexicana entre 1919 y 1936, o sólo la vida *política*. El pecado de la indecisión es tan patente, y sus resultados tan fatales, que de manera inevitable debe uno preguntarse a qué historiadores mexicanos acudió el señor Dulles en demanda de opiniones sobre su manuscrito. En efecto, de los 75 capítulos que componen la obra —alguno de dos páginas y media—, 68 se refieren a política, 5 a economía y uno a educación (pp. IX-XII). La desproporción, además de cuantitativa, es cualitativa: los capítulos de política

son, en general, buenos, y algunos excelentes (el 16, 26 y 73, por ejemplo); algunos de los económicos son buenos (digamos el 12), mientras que el educativo es detestable.

El defecto menor de la crónica —y que debió ser también visible a los consejeros historiadores del señor Dulles— es que, al lado de la narración de hechos importantes, graves, aun dramáticos, se deslizan datos o historias pueriles. Es más, bien vistos, hacen dudar del sentido histórico del autor. Citemos un único caso. En el capítulo 6 (pp. 55-62), donde se presenta el tema mayor de la elección de un presidente interino que concluya el periodo de Carranza, se afirma que Obregón estaba encantado con la desaparición de Carranza porque podía anularse la prohibición de celebrar corridas de toros en la Capital. La alusión es innecesaria, y suena, además, a trágicamente pueril. El señor Dulles puede tener una certeza completa de que las preferencias de Obregón hubieran sido éstas, en riguroso orden: primera, que Carranza lo hubiera elegido a él como su sucesor; segunda, que hubiera sido imparcial, o sea, que no hubiera tenido preferencia por ninguno de los aspirantes; tercera, haber ganado él democráticamente la elección; cuarto, hacer abandonar a Carranza su declarada preferencia por Bonillas; derrotarlo políticamente; derrotarlo militarmente. Pero jamás que Carranza fuera asesinado, pues esto le creaba, *después de la victoria*, problemas más graves que antes de ella, por ejemplo, el reconocimiento de Estados Unidos, y volver a crear siquiera una semblanza de unidad en el grupo revolucionario gobernante. En estas condiciones, ¿podían ser una gran compensación las corridas de toros?

TODOS ESTOS DEFECTOS no logran empañar la obra del señor Dulles; antes bien, las cualidades y los aciertos predominan. Es visible, por ejemplo, su talento narrativo: sabe presentar una historia, desenvolverla y rematarla, así como salpicarla con observaciones ingeniosas que refuercen su interés intrínseco. Pueden apreciarse estas virtudes en los capítulos que preceden al del asesinato de Obregón, y que paulatinamente preparan con gran efectividad el desenlace de esa tragedia. El señor Dulles tiene, además, buen sentido de la ironía, que aparece, digamos al llamarle a Morones “cara de luna” (p. 29), cuando, en realidad, el retrato que de él hace es sumamente desfavorable. Asimismo, cuando al describir un desfile militar, asegura que unos soldados yaquis iban, no precisamente uniformados, pero sí seguidos de una banda de música (p. 64), o al afirmar que Villa hacía frecuentes viajes a Parral “en busca de mayores placeres” que las peleas de gallos (p. 70). A veces, sólo un lector muy atento percibirá

la ironía: tal la de atribuirle al general Juan Barragán la afirmación desorbitada de que salvo en la Guerra Civil de Estados Unidos, "el continente Americano no había presenciado un encuentro tan colosal y sanguinario" como la batalla de Celaya (p. 12).

No le falta al señor Dulles la virtud británica del *understatement*: dice, por ejemplo, que las Conferencias de Atlantic City tuvieron que ver con la "presencia" del general Pershing en México (p. 61). En fin, hay en su obra una buena dosis de malicia: los capítulos sobre los gobiernos de Carrillo Puerto en Yucatán y de Garrido Canabal en Tabasco, contruidos íntegramente con ese ingrediente, son, en verdad, de los mejores del libro. El de Carrillo Puerto, por ejemplo, pinta bien la tragedia del agitador que, al llegar a gobernante, tiene que frenar el ímpetu rebelde sembrado por él en sus antiguos partidarios. Y hay una malicia que, por parecer como ninguna otra, inocente, debe rectificarse con energía: la de llamarle "Roberto" al aventurero norteamericano Robert Haberman, para hacerlo pasar, sin duda, como mexicano (p. 138). ¡Como si nosotros debiéramos cargar todavía con un pecado más!

DANIEL COSÍO VILLEGAS  
*El Colegio de México*